

TRES RELATOS

JOSÉ MANUEL MARRERO HENRÍQUEZ

A TRAVÉS DEL CRISTAL

Enamorado de tu figura forzada a no decir palabra te miro, blindada tras el cristal de la sala de visitas, y tú también me miras con esos ojos que me llevan a la Playa del Avión, cuando te recojo de la carretera y el destino se decide a encajar nuestros engranajes dispersos.

Al llegar sólo vemos dos hombres pescando a lo lejos porque las niñas y las madres quedan como siempre, atrás, desapercibidas, sentadas sobre la grava, hablando del vecindario, cubiertas de grandes sombreros de paja bajo un improvisado refugio de techo de palma.

Sin cuidado alguno nos zambullimos desnudos en el mar azul, hondo y frío del verano, y sin pudor nos tendemos sobre las lascas de roca del norte, tibias por la tarde. Entonces los pescadores nos miran de reojo y descubrimos a sus escandalizadas mujeres que, ruborizadas, fijan la mirada en el suelo.

Qué extraño que ellas, acostumbradas a ser penetradas una y otra vez por sus esposos, humillen la mirada ante espectáculo tan pueril. Qué asombroso que sea sólo después de admirar disimuladamente tu hermoso cuerpo, y tras erecciones vedadas, cuando sus maridos nos griten con ademán de conmiseración “un poquito de respeto, que hay mujeres”.

Nada mejor que la prudencia. Sin mayor dilación, pero con parsimonia de orgullo, me pongo el pantalón, y tú te demoras un ratito para enaltecer tu vanidad femenina. Primero un piecico, luego el otro, y tiras de tu bañador haciendo hincapié cuando tus pechos calzas como si te costara hacerlos encajar en el tejido hasta lograr su perfecto acomodo.

Tu gesto demorado, que acepta el reproche de los pescadores y a la vez lo confronta con la sutil elegancia de tus movimientos retenidos, no es descifrado por la brutalidad vaciada de erotismo y llenada de impulsos rudimentarios de los que te observan. Nada puede entonces evitar mis trapiés por las rocas, con los dedos ensangrentados, ni la inutilidad de mis intentos por despojar a la turba del uso animal de tu cuerpo, ni que una afilada navaja se hunda en un lugar de mi carne que no puedo determinar.

PIS CANINO

Dejo a la perra en el patio trasero, la amarro con una fina cadena de acero a la verja; muy contenta se dedica a oler el rastro de las ardillas. Vuelvo a la casa, recorro una y otra vez el pasillo porque he dejado un cigarro quemándose al borde de la mesa, porque he preparado el café y no he encendido la cafetera, por inercia.

Entro al baño y me miro al espejo, de un lado, del otro, pongo pose de seriedad. Remedo la secuencia de Sergio en *Memorias del subdesarrollo* que observa su fotografía de carnet, y reproduzco su voz de fondo que dice “yo creo que aparento cierta dignidad”. En el salón percibo que sobre el sofá, en portada, otra fotografía me mira salvando la selva amazónica.

La cara de Sting ocupa la página, sólo detrás de sus hombros se divisan difuminados indios entre el verde brumoso y el agua grisácea del río. Pintarrajeado, su gesto expresa agresividad. La boca abierta enseñando los dientes, lobo en pose de supremacía, el ceño fruncido, la mirada amenazante.

Ante imagen tan tópica, recuerdo que los indios, aunque medio desnudos y con colores dibujados, también cantan, comen, charlan, se fuman un cigarrillo después de la cena, se aman. Del trasfondo de la portada los rescato y les doy cuerpo hasta que oigo cómo con sus ininteligibles chillidos se burlan de mis contornos nada atléticos, del sudor de mi espalda, de cómo se pegan al cuero mis protuberantes michelines.

Afortunadamente, si presiono, el respaldo de este sillón se irá hacia atrás y un soporte para mis piernas saldrá de debajo elevándolas. Si, apoltronado en sus suaves brazos, enciendo mi televisor y controlo a distancia sus prestaciones y manipulo con maestría sus claves, la selva se esfumará.

Ventajas de la civilización para mi culpable obesidad. Sin moverme accedo a las programaciones italiana, puertorriqueña, y griega, del canal trece, a los cinco canales ordinarios y a los innumerables del cable.

Dejo sonar el teléfono un rato pero al final lo descuelgo. Escucho y digo “hello”, “this is me”, “qué pasa”, “sí”, “claro”, “no”, “hasta luego”. Una chica realmente hermosa.

La perra está ladrando. Voy a entrarla.

A SOLAS CON MI PANTALLA

Mi mujer me abandonó. Mi suegra persiguió mi sexo. Dejé el trabajo y me retiré a esta casa de montaña a poner a prueba mi talento y mi voluntad para escribir mi siempre demorada primera novela. Ubiqué mi salvación en la escritura de un texto. Ni siquiera me permití la compañía de un animal. Llevé el perro a la perrera, regalé mi gato; después partí con la única compañía de este ordenador, mi única posibilidad de redención, cuando lograra fijar en su memoria la realización de mi libro.

Bajaba al pueblo y desayunaba en una de sus tabernas. Después compraba las viandas del almuerzo y subía a casa, preparaba un buen café, y me sentaba a teclear varias horas. Entretenía la tarde en el jardín, me gusta pasar despreocupado las horas de sobresieta, y dejaba para el anochecer el segundo turno de trabajo que a veces prolongaba hasta altas horas de la madrugada.

Con la escritura de mi siempre demorada primera novela esperaba elevarme de la mediocridad a que mi vida matrimonial me había reducido. Era arriesgado apostar todo a la consecución de un libro, pero vislumbrar la posibilidad de éxito me impulsaba, obsti-

nado, a encontrar el texto perfecto, el que me permitiría sepultar el pasado y emprender una nueva vida.

El tiempo erosiona los deseos y pule sus esquinas, y mi entusiasmo empezó a tornarse en reflexión, y la reflexión en asombroso desencanto. Las páginas que un día me parecieran excelentes ahora eran sólo fulguraciones desprovistas de la consistencia de la obra duradera, profunda, de largo alcance. Mis pequeños atisbos de genialidad no hacían genialidad alguna, eran, más bien, felices ocurrencias.

Ha pasado mucho tiempo, y sólo he logrado desarrollar una especial sensibilidad para estas tabernas de pueblo de interior. Me gustan mucho ahora, son lo que más me gusta, tabernas de las que se sale y se recibe la claridad como un insulto y, encandilado, se vislumbra el contorno de las montañas que se escalonan hacia lo lejos, hasta el presentimiento del mar y de la equidistancia de América y África, y de Europa; en la verticalidad de los Polos centrado.

Al salir de una taberna del interior de una pequeña isla del Atlántico, aislado en el centro del universo, camino a casa, donde una pantalla azul espera a que la hiera con la luz de mis letras, en su mismo centro, en la diana en que la escritura me dará la calma.